

EL AMOR UNILATERAL DE DIOS MOSTRADO A SU PUEBLO

Un sermón de Ezequiel 16:6

Por el Rev. A. Moerkerken

Lectura Bíblica: Ezequiel 16:1-22

Salterio 60:3-5

Salterio 45:4-6

Salterio 124:4, 5

Salterio 183:3, 4

Querida congregación, pueden encontrar las palabras de nuestro texto en la porción de la Escritura que les fue leída, es decir, Ezequiel 16 y en particular el versículo 6: “*Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres, y cuando estabas en tus sangres te dije: ¡Vive! Sí, te dije, cuando estabas en tus sangres: ¡Vive!*” Este texto nos habla de:

El amor unilateral de Dios mostrado a Su pueblo.

Con la ayuda del Señor me gustaría explicar tres pensamientos principales.

- 1. El estado o la condición en la que los encontré;**
- 2. El favor mostrado en compadecerse de ellos;**
- 3. El tiempo en el cual contraí matrimonio con ellos.**

Cuando consideramos el amor unilateral de Dios mostrado a Su pueblo, al observar nuestro texto, luego podremos leer en los versículos 3, 4 y 5 sobre la condición en la cual encontró a Su pueblo. También en nuestro texto –versículo 6—leemos: “*sucia en tus sangres.*” ¿Qué quiere decir esto? Ese es nuestro primer pensamiento.

Segundo, consideraremos el favor mostrado al perdonarlos. Leemos en nuestro texto: “*Y yo pasé junto a ti, y te vi y te dije: ¡Vive!*” Está escrito dos veces: “*Sí, te dije, cuando estabas en tus sangres: ¡Vive!*” ¿Por qué está escrito dos veces? ¿Y qué quiere decir la palabra “vive”? Ese es nuestro segundo pensamiento.

En tercer lugar, quisiéramos considerar el tiempo en el cual el Señor contraí matrimonio con este pueblo. Podemos leer eso en el versículo 8. Verán que trataremos más versículos que solamente el versículo 6. En el versículo 8 leemos que el Señor pasó otra vez, y esa es la segunda vez. El Señor ve a Su pueblo otra vez y entonces es el tiempo del amor. Amados, quisiéramos hablar unas pocas palabras sobre la historia detrás de nuestro texto, junto con su conexión a nuestro texto.

Ezequiel, el profeta del Señor, fue un siervo de Dios para los exiliados en Babilonia. Creo que todos sabemos desde nuestra infancia que el pueblo de Judá fue cautivo por Babilonia. Estas dos tribus fueron llevadas cautivas por causa de sus pecados e iniquidades. Como saben, sin embargo no fueron llevados todos al mismo momento. Primero un pequeño grupo fue llevado. Daniel y unos pocos príncipes pertenecieron a este grupo. Luego un grupo grande de 10.000 personas fueron

llevados. Ezequiel perteneció a este grupo. Once años después, el último grupo fue llevado cuando el templo fue destruido y la ciudad de Jerusalén fue prendida en fuego. De esta manera, tres grupos separados fueron llevados cautivos a Babilonia. Once años pasaron entre el segundo y el tercer grupo de cautivos.

Como dijimos, Ezequiel fue llevado con el segundo grupo. Después de estar allí por cinco años, lo maravilloso sucedió a Ezequiel. El Señor lo llama para que sea un siervo de la Palabra de Dios, un profeta. Ezequiel nunca había esperado eso. Su padre fue un sacerdote, ¿verdad? Y cuando tu padre era un sacerdote, tú te convertías también en un sacerdote. Eso era pasado del padre al hijo. Pero nunca se había convertido en sacerdote, aun cuando él tenía la esperanza de serlo. Nunca se convirtió en sacerdote, sino un profeta. Dios a menudo obra de manera diferente a lo que pensamos y esperamos. Cuando Ezequiel tenía 30 años, y pensó que se le permitiría ser sacerdote, el Señor lo colocó en el oficio de profeta.

Ahora recibe la comisión de que debe mostrarle a estos exilados en Babilonia sus pecados. ¿Por qué? Bueno, congregación, esas personas en Babilonia pensaban que su destierro duraría solamente medio año o tal vez sólo un mes o dos o unas pocas semanas. No olviden, la ciudad todavía no había sido destruida. El templo no había sido destruido. Estas personas esperaban que dentro de un corto tiempo se les permitiera regresar a su antigua y amada tierra natal. Y ahora Ezequiel tenía que terminar con estos pensamientos. Tenía que decirles que eso no sucedería. La ciudad sería destruida y el querido templo de Dios sería prendido en fuego. Ellos no recibieron estas noticias con gozo. Fue una predicación que iba en contra de la carne y sangre de esos exiliados. Ezequiel predicó esta misma cosa por seis años. Cada vez lo predicaba de manera diferente, y cada vez usaba palabras diferentes.

En el capítulo que leímos, él recibió una comisión del Señor en el versículo 2. “Hijo de hombre” – así es como el Señor siempre lo llama— *“Hijo de hombre, notifica a Jerusalén sus abominaciones.”* Esa es una asombrosa comisión. Jerusalén está a 600 millas. ¿Cómo se supone que Ezequiel haga eso? ¿Acaso debe realizar ese viaje a Jerusalén, a través del desierto? No, amados. Cuando el Señor dice Jerusalén, se refiere a aquellos exiliados que están viviendo en Babilonia. Estos exiliados todavía se llaman a ellos mismos “Jerusalén”, pues pertenecían a Jerusalén. “Notifica a Jerusalén sus abominaciones.” Esto debería sorprendernos, amados, que el Señor no diga: Notifica a Jerusalén sus pecados. No sé si entienden el significado de la palabra “abominación”. Abominaciones son más que pecados. Abominaciones son pecados horribles, pecados asquerosos, pecados espantosos. Y ahora, en el nombre de Dios, Ezequiel debe notificar a los exiliados en Babilonia sus abominaciones. Ellos no sabían de estas abominaciones. Eran ciegos a sus propios pecados y ciegos de la culpa. Por lo tanto también eran ciegos del juicio venidero y no creían al siervo de Dios cuando les decía que el día del juicio vendría y que Dios vendría con Sus juicios. No creían que la ciudad y el templo serían destruidos. ¿Por qué no? Porque no conocían sus propios pecados.

Es lo mismo con nosotros, mis queridos oidores. Podemos oírlo cada día, y es predicado a nosotros cada semana, que viene un día de juicio, un día de los juicios de Dios, un día en el cual el

Señor vendrá a tu vida con Sus juicios. Pero eso no nos perturba. Cuando llega la noche, nos acostamos y dormimos en paz. Simplemente no nos importa. No estamos preocupados por eso. No somos afectados en ninguna manera. ¿Por qué no, amados? Porque somos ciegos a nuestra propia miseria y a nuestra propia culpa. Tan pronto como nuestros ojos sean abiertos, creeremos que un día de juicio viene.

Ezequiel debe proclamar a Jerusalén sus abominaciones. El profeta usa una parábola para hacer esto. Todos sabemos la parábola del hijo prodigo. Esta es una de las parábolas más conocidas de la Biblia. Podemos llamar a esta parábola en Ezequiel 16, la parábola de la hija prodiga. El Señor usa el símbolo de una joven muchacha para describir a Jerusalén en esta parábola. El Señor empieza por decirle a Jerusalén quién es su padre y quién es su madre. Cuando hablamos acerca de la joven muchacha, congregación, debemos pensar en aquellas personas de Jerusalén, aquellos exiliados en Babilonia. Pero también espero que haya un Jerusalén aquí en la iglesia.

El Señor dice en el versículo 3: *“Y di: Así ha dicho Jehová el Señor sobre Jerusalén: Tu origen, tu nacimiento, es de la tierra de Canaán; tu padre fue amorreo, y tu madre hetea.”* Eso es algo impresionante, congregación. *Tu padre fue amorreo, y tu madre hetea.* Si le preguntaras a uno de esos exiliados en Babilonia: “¿Quién es tu padre?”, ¿sabes que habrían respondido? “Abraham es nuestro padre.” Y si les preguntaras: “¿Quién es tu madre?” habrían dicho: “Sara es nuestra madre. Somos hijos de Abraham. Somos descendientes de Abraham. Estamos circuncidados. Pertenecemos al pacto. Somos hijos del pacto. Las promesas del pacto son para nosotros. Somos el pueblo de Dios, Abraham es nuestro Padre y Sara nuestra madre.” Eso es lo que creían. Y muchos hoy en día piensan de la misma manera. Abraham es nuestro padre y Sara es nuestra madre. Fuimos bautizados. Llevamos la señal del pacto. Asistimos a la Cena del Señor. ¿Acaso no somos hijos de Dios? No somos indiferentes. No somos personas mundanas. Abraham es nuestro padre. Sara es nuestra madre.

Ahora el Señor dice: “Tu padre fue amorreo, y tu madre hetea.” Pero tú dirás: “Eso no es verdad.” Todos ellos eran judíos ¿o no? Todos vinieron de Sara. Oh, el Señor se refiere a nuestro corazón. En el interior, tú eres hijo de un amorreo, hijo de una hetea, a pesar de tu circuncisión, a pesar de tu bautismo, y aunque asistas a la iglesia y tal vez a la Cena del Señor. Oh, posiblemente, también seas un miembro fiel a la iglesia, pero ¿alguna vez has comprendido en tu vida que por dentro, en tu interior tu padre es un amorreo y que tu madre es una hetea? Comprendes que por dentro eres un pagano, un enemigo de Dios, enemigo de Su pueblo.

¿Quiénes fueron los amorreos y los heteos? Sabemos que después de la muerte de Moisés, cuando Josué tenía que tomar posesión de la tierra prometida, hubo siete pueblos que tenían que erradicar. Estos eran los cananeos, los ferezeos, los jebuseos, los heveos, los heteos, los amalecitas y los amorreos. Todos los siete son nombrados de vez en cuando. Pero los amorreos y los heteos eran los peores. Eran los más asquerosamente idólatras. Eran los más grandes enemigos de Dios y Su pueblo.

Y el Señor dice: “Oh, Ezequiel, dile a ese pueblo piadoso, a esos piadosos exiliados que su padre es un amorreo y su madre una hetea.” Amados, ese no era un mensaje fácil. Cuando Ezequiel llevó este mensaje, hirió de manera profunda a ese pueblo piadoso.

Y luego en los versículos 4 y 5 el Señor cuenta una parábola. *“Y en cuanto a tu nacimiento, el día que naciste no fue cortado tu ombligo, ni fuiste lavada con aguas para limpiarte, ni salada con sal, ni fuiste envuelta con fajas. No hubo ojo que se compadeciese de ti para hacerte algo de esto, teniendo de ti misericordia; sino que fuiste arrojada sobre la faz del campo, con menosprecio de tu vida, en el día que naciste.”* Recuerden, amados, esta es una parábola. Sin embargo, lo que el Señor dice aquí es algo que sucedió regularmente en aquellos días en los países del antiguo oriente.

El Señor cuenta esta conmovedora parábola de la hija prodiga a Ezequiel, y Ezequiel debe contarla al pueblo. Con esta parábola, el Señor tiene la intención de decirle a este pueblo quiénes son por naturaleza y en qué condición los encuentra. El Señor tiene la intención de mostrarles lo que son en realidad en el interior.

¡Oigan! Un niño es nacido. El Señor dirige nuestros pensamientos hacia la tienda de un pastor, a un errante en el desierto del mundo oriental. Los nómadas árabes de hoy todavía deambulan a través del caluroso desierto con sus tiendas y sus rebaños. Cierta día un niño es nacido en la tienda de un tal nómada. Tú dirías que tal evento causaría mucha felicidad. Cierta, pero no siempre. El niño que nació, nació con malformaciones. En la Biblia leemos que fue un niño repugnante. Era discapacitado y también era una niña. Aun sucede en nuestros días, congregación, si le preguntas a un árabe cuántos hijos tiene, y resulta que tiene 5 hijos y 5 hijas, sólo te dirá que tiene 5 hijos. Las hijas no cuentan. Frecuentemente ocurría que cuando nacía una niña, el padre la arrancaba de los brazos de la madre y la quemaba viva en el suelo al lado de su tienda y el niño se asfixiaba. ¡Qué muerte tan terrible!

El padre en esta parábola no fue tan cruel. Él vio al bebe que su esposa dio a luz. Fue una niña. ¡Qué decepción! Para él era alguien sin valor. Y era una niña con malformaciones, una niña discapacitada. ¿Qué hizo? Ni siquiera cortó el ombligo del bebe. Eso es lo primero que hace el doctor después que el bebe nace, de manera de separar al bebe de la placenta. Toda madre sabe eso. Si eso no se hace, el niño solo viviría unas pocas horas.

No, el padre no toma tiempo para hacer eso. El ombligo no es cortado. ¿Y acaso el doctor no siempre toma agua tibia y lava el cuerpo del bebe después de haber nacido? Este padre ni siquiera toma el tiempo para hacer eso. Él no lava al bebe con agua. No lo lava con sal como siempre se hacía en esos días en Israel. Un poco de sal siempre era esparcido en la piel delicada del bebe para hacerla más resistente. Pero este padre no hace eso. *“El día que naciste no fue cortado tu ombligo, ni fuiste lavada con aguas para limpiarte, ni salada con sal, ni fuiste envuelta con fajas. No hubo ojo que se compadeciese de ti para hacerte algo de esto”.*

Oh, la madre se la da vuelta y va y se sitúa cerca de un lado de la tienda. Ella no ve más a su bebe. El padre toma al bebe y lo pone en un saco grande, una placenta después de todo. Él pone el saco en su costado y se aleja de la tienda. Camina por media hora, por una hora. La Biblia dice: *“la faz del*

campo.” ¿Qué es la faz del campo? Es el desierto, un lugar en donde nadie es visto. Él abandona el camino y camina a través de los pastos altos con el saco en su costado mientras el bebe llora y llora. Pero eso no lo inquieta. No lo pone triste. Cuando llega a una área determinada, en el medio del desierto, en el medio de la faz del campo, arroja el saco y el bebe cae en los pastos altos, saliendo del saco. El pobre bebe yace allí en un charco de sangre, llorando porque está hambriento y sediento. El padre ni siquiera ve hacia atrás. Toma el saco vacío y se dirige de vuelta a casa. El saco vale más para él que el bebe todavía viviendo.

Tú dirás: “¡Qué horrible, qué terrible!” ¿Realmente suceden estas cosas? Sí, eso sucedió cientos de veces. La imagen que el Señor usa aquí es una del mundo oriental en los días de Ezequiel. Pero deben entender, congregación, que todas estas cosas tienen un significado espiritual. ¿Quién es ese bebe? ¿Quién es ese bebe que yace allí en el desierto bajo el ardiente sol? Ese bebe, congregación, es una imagen de ti, mi amigo no creyente. Ese es un retrato de la naturaleza del hombre, un retrato del hombre que vive sin Dios. También es un retrato de ustedes, pueblo de Dios, en otro tiempo, cuando fueron encontrados por Dios.

Quizás estas pensando: “¡Qué imagen más rara!” ¿Por qué dices eso? Les daré tres razones, congregación. En primer lugar, vean a la pequeña niña. Ella yace allí llorando. Su vida corre peligro. Si ella no recibe leche o nada para tomar dentro de una hora o dos, morirá por el ardiente calor del sol. Veán ese punto arriba en el cielo. ¿No es un buitre que ha descubierto la sangre tibia de la niña? Este continúa volando cada vez más bajo. Ve alrededor para asegurarse que nadie más esté en esa área. Con cada aleteo se encuentra más cerca y anhela despedazar a la niña con su afilado pico. ¡Y oigan! ¿No son esos lobos nocturnos llorando a la distancia? ¿Tienen narices agudas que huelen la tibia sangre?

Congregación, si ese bebe permanece allí por más tiempo, se perderá para siempre. Será despedazado por los buitres y los cuervos. Como leemos en el Salmo 79, tendrá una miserable muerte. Es lo mismo contigo, mi amigo no creyente. ¿Cuánto tiempo durará? El príncipe de las tinieblas está listo para volar arriba de tu cabeza. Él es ese león que camina buscando a quien devorar; está muy cerca. Congregación, ¿qué pasará si somos incrédulos y mañana tenemos un accidente y morimos? ¿O si morimos esta noche de un ataque al corazón? ¿O si en esta semana tomamos nuestro último respiro? Si todavía somos incrédulos, ¿en las manos de quién caeremos? El Señor Jesús llama al diablo el asesino desde el principio, el león rugiente. Él es el peligroso perro del infierno cuyo único objetivo es el de aplastar y destruir nuestras vidas. Oh, cada minuto que existe este mundo, personas caen a sus garras y él las arrastra por siempre a ese lugar de completas tinieblas en donde el gusano no muere y el fuego no es consumido.

Esa es nuestra condición. Congregación, ¿puede ese niño ayudarse a sí mismo? ¿Puede huir? ¿Puede pararse? ¿Puede pelear en contra de sus enemigos? Ustedes dirán: “No, no puede salvarse. Está perdido”. Si Dios no intercede, se perderá por siempre. No puede hacer nada por sí mismo. A lo mejor alguien pasará cerca. No, mi amigo, nadie pasará cerca. Está perdido, y creo que lo peor es que

este niño no conoce el peligro en el que se encuentra. El bebe llora; está vivo; tiene hambre y sed. Pero está espiritualmente muerto. No conoce el peligro que tiene por delante. No ve las aves en el aire. No oye los lobos aullando a distancia. No sabe que un león está muy cerca. Esa es la peor parte, congregación, ser incrédulo y no saberlo. Cada noche podemos posar nuestras cabezas en la almohada y dormir en paz por siete u ocho horas sin afectarnos en absoluto. Oh, cuán profundamente el hombre ha caído en Adán. Estamos muertos en delitos y pecados, indescritiblemente miserables. Congregación, ¿existe otro cuadro en la Biblia en la cual pinte tan claramente al hombre natural como este lo hace?

Hablamos primeramente de la condición en la cual Dios la encontró. Nuestro segundo pensamiento, amados, es el favor mostrado en compadecerse de ella. “*Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres.*” Oh, congregación, el Señor pasó. Él pasó junto a ese bebe. Ustedes dirán: “Pero nadie nunca jamás pasó por ese lugar.” No, eso es verdad. Por lo tanto, el hecho de que el Señor pasara por allí nos muestra que es una maravilla indescritible y eterna. “Yo pasé junto a ti, y te vi.” ¿Alguna vez el Señor ha pasado junto a ustedes en sus vidas, queridos oyentes? Calvino, el gran reformador de Ginebra, dijo: “Cada vez que la Palabra de Dios es predicada, el Señor pasa, caminado en el vestido de Su Palabra.” Por lo tanto, si todavía podemos ir a la iglesia, nunca deberíamos dejar nuestro lugar vacío, porque Dios pasará. Si esa Palabra es puramente predicada, Él pasará.

Ese es un gran privilegio, pero no es suficiente. ¿Sabes qué tiene que pasar? El Señor tiene que detenerse ante mí, personalmente. Eso es lo que el Señor hace con este bebe. “*Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres.*” El Señor pasa en Su soberana majestad y ve al bebe tirado allí, sucio en su propia sangre.

En la Biblia holandesa leemos: “Pisoteado en su propia sangre.” Eso significa que ya había sido pisado. Animales ya habían caminado sobre ese bebe. Eso es sorprendente. ¡Animales ya habían pasado junto a ese bebe! Habían pisado su propia sangre. Ella estaba muy cerca de la muerte, pero todavía estaba viva. Todavía había posibilidad para ella.

Entenderán, congregación, que esto es una parábola. Podrán decir: “Este bebe todavía está vivo, pero nosotros estamos muertos, ¿o no? ¡Sin duda! Pero esto es una parábola. En la parábola el bebe está vivo, pero esta parábola ilustra nuestro estado espiritual de muerte. “*Y yo pasé junto a ti, y te vi.*” Y luego el Señor se detiene.

Sé con certeza, congregación, que si vas a tu casa esta noche y ves un saco tirado allí, un saco que nunca habías visto antes, y oyes un llanto suave que viene del saco, no pasarías de largo, sino que te detendrías. Tomarías el saco, lo llevarías adentro y lo abrirías. Y si vieras un bebe de dos o tres días de nacido en ese saco, llorando penosamente, sucio, envuelto en su propia sangre, ¿lanzarías a ese bebe? No, no lo harías, sino que salvarías a ese bebe. ¿Por qué? Por lástima ¿verdad? Porque sientes pena por ese pobre y tan indefenso bebe que llora. Pero cuando el Señor pasó junto a ustedes, pueblo de Dios, y cuando Él te vio, en el tiempo de Su buena voluntad, asqueroso, pisoteado en tu propia sangre, ¿por qué te recogió? ¿Fue por lástima? ¡No, no fue por eso! ¡Oh, no, congregación! Nosotros

sentimos lástima por alguien que no tiene la culpa de la situación tan miserable en la que se encuentra. Pero Dios no lo hace por lástima. Nosotros voluntariamente y con toda disposición apostatamos, y por lo tanto nos encontramos en nuestra miserable condición. ¿Sabes por qué Dios se detiene? Les diré por qué con las palabras de Zacarías: *“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto la aurora”* (Lucas 1:78). Se detuvo porque fue conmovido en Él mismo.

Si encontramos un saco con un bebe adentro, una persona diría: “Oh, que niño más tierno.” Otro diría: “Que niño tan bello.” Y un tercero diría: “Qué pobre niño.” Hay algo tierno, algo atractivo, algo que saca nuestro amor por cada niño que es nacido en la tierra. Pero en nosotros no hay nada que produzca amor. Somos asquerosos, sucios en nuestra propia sangre.

Ese amor de Dios, con el cual amó a esos hijos e hijas perdidos, fue un amor unilateral. Viene en una sola dirección, de arriba. No fue producido por nada que se encontró en ese bebe o algo encontrado en nosotros. El Señor no encontró nada más que enemistad, obstinación, amor al pecado, amor egoísta, malicia, vicios y maldad en nosotros. Fue un amor unilateral: *“Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres, y cuando estabas en tus sangres te dije: ¡Vive!”*

En esta parábola, el Señor se está refiriendo a lo que hizo en la historia del pueblo de Israel. ¿Sabes cuándo el Señor dijo esa palabra, “Vive”? Él dijo esa palabra en Génesis 12, cuando llamó a Abram de Ur de los Caldeos. Allí fue cuando Israel nació espiritualmente. *“Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré.”* “Sí, te dije, cuando estabas en tus sangres: ¡Vive!” Abram tenía 75 años. Por 75 años había servido al mundo de pecado en una manera abominable. Y cuando tenía 75 años el Señor le dijo: “¡Vive!” Solamente una palabra. Los escritores de las notas de estudio en la Biblia holandesa dicen que es un mandamiento que contiene una promesa. Quieren decir que cuando el Señor dice: “¡Vive!”, quiere decir: “Vivirás.” “Te daré vida.” “Vive.” Sólo una palabra. En Juan 5 leemos: *“Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán.”*

¿Alguna vez el Señor te ha dicho esta palabra a ti? ¡Vive! Eso es todo lo que importa. Podemos hablar mucho del Señor, pero ¿el Señor alguna vez ha hablado a nosotros? Quizás sólo sucedió una o dos veces en nuestra vida. No sucede todos los días. *“Una vez habló Dios; Dos veces he oído esto.”* (Salmo 62:11). ¿Pero has oído esa sola palabra, “Vive.”?

Preguntarás: “¿El Señor sólo usa una palabra?” No, claro que no. Les daré unos ejemplos. El Señor Jesús le dijo a la mujer samaritana: *“Ve, llama a tu marido, y ven acá.”* Ese fue el golpe que hizo un fuerte efecto. Esa fue la palabra: “Vive.” El Señor le dijo a Levi: *“Sígueme.”* Esa fue la palabra “Vive.” El Señor le dijo a Saulo de Tarso: *“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”* Esa fue la palabra “Vive.” Eso es lo que pasa en la vida de todos los hijos de Dios, y nadie jamás será capaz de borrar eso de su memoria. Por eso les pregunto, congregación: ¿Sabes de un comienzo? En el lenguaje holandés hay un dicho: “Si el fin es bueno, todo está bien”. En la vida espiritual, sin embargo, decimos: “Si el comienzo es bueno, todo es bueno”. ¿Sabes de un comienzo en tu vida? Existe una

gran cantidad de conversaciones en los círculos religiosos. Unos tienen unas promesas y otros tienen otras promesas. Pero, cuando preguntas sobre un comienzo, rara vez tienen algo que decir.

¿Cómo empezó? La niña joven en este capítulo sabía cómo comenzó, con esa palabra, ¡Vive! "Cuando estabas en tus sangres te dije: ¡Vive!" Está escrito dos veces. Eso es asombroso. La regeneración ocurre sólo una vez, ¿verdad? El Señor levanta a una persona de la muerte y la lleva a la vida sólo una vez, ¿no es cierto? Eso no sucede dos veces, ¿o sí? No, eso es verdad. Los escritores de las notas de estudio en la Biblia holandesa dicen que el Señor repite la palabra "Vive" dos veces para mostrar cuán poderoso es cuando Él habla. También dicen que el Señor a veces repite Su palabra. (A veces se refiere a la vez anterior). No es como si el Señor hablara una vez y ya nunca más. Oh no, amados, si es la verdadera obra de Dios, el Señor regresará. A veces regresa después de 20 años. Miren a Jacob. Entre Betel y Peniel existen 20 años. Pero Él regresa. "*Cuando estabas en tus sangres te dije: ¡Vive!*" Congregación, esta es la cosa más importante que debemos saber en la vida y en la muerte. Esto es la urgencia del pecador muerto; cuando un pecador muerto es traído a la vida.

El primer punto que consideramos fue la condición en la cual el Señor encontró a Su pueblo. Él los encontró como un niño abandonado, tirado en la faz del campo, entregado a la muerte. En segundo lugar, consideramos el favor mostrado en compadecerse de ella. No fue porque esta niña o ese pueblo tuvieran algo que produjera ese amor, sino "*por la entrañable misericordia de nuestro Dios.*" Por lo tanto, Él dijo esa sola palabra a ella: "¡Vive, si, Vive!" Como nuestro último pensamiento, consideraremos el tiempo cuando contrajo matrimonio con ella. Pero primeramente vamos a cantar del **Salterio 124, las estrofas 4 y 5.**

En los versículos 7 y 8 el Señor relata lo que sucedió más adelante en la vida de esa niña. Él dice: "*Te hice multiplicar como la hierba del campo.*" El Señor se está refiriendo aquí a Abraham. Cuando llamó a Abraham de Ur de los Caldeos, Abraham estaba solo y tenía una esposa infértil. Humanamente hablando, en pocos años, Abraham y Sara morirían, siendo ese el final. Pero, a pesar de todas las imposibilidades, el Señor abrió el vientre de Sara. Cuando ella tenía 90 años y Abraham 100, ella dio a luz a un niño, y una nación fue formada de Abraham y Sara. Si, ese niño fue "Te hice multiplicar como la hierba del campo." Cuando caminamos de los campos este verano, vemos las flores y el trigo, arbustos y árboles en abundancia. Eso es lo que llegó a ser ese pueblo. Se multiplicaron como la hierba del campo."

"*Y creciste y te hiciste grande, y llegaste a ser muy hermosa; tus pechos se habían formado, y tu pelo había crecido.*" La niña creció. Esa muchacha joven fue levantada por el Señor. Eso es lo que pasa en la vida espiritual también. Cuando el Señor encontró a esa niña. Él la lavó con Su preciosa sangre. Él la santificó a través de Su Espíritu y la hizo para Él mismo. Luego alimentó a esa niña con "*la leche espiritual no adulterada*" (1 Pedro 2:2). Cada hijo de Dios conoce este momento de ser alimentado. Saben de ese tiempo cuando fueron alimentados con la Palabra de Dios. Si les preguntaras si fueron convertidos, ellos dirían: "¡Oh, sí sólo eso fuera verdad! Pero tienen un profundo deseo y anhelo por esa leche. Y cada vez que vienen a la iglesia, hay algo para ellos.

Después que el Señor los aviva, remueve las escamas de sus ojos, y hace que el pecado se convierta en pecado y la culpa en culpa, podrían tomar leche por siempre. En primer lugar reciben más golpes que consuelos. Frecuentemente se sienten como apartados. Pero siempre hay algo que los atrae de nuevo a ese lugar. Oh, la casa de Dios, la Palabra de Dios, el pueblo de Dios, el servicio de Dios. Ese fue el comienzo, un tiempo gratificador.

Como un padre o una madre enseña a una pequeña niña los primeros difíciles pasos, de la misma manera el Señor dice en el libro de Oseas: "*Yo con todo eso enseñaba a andar al mismo Efraín.*" Él le enseñó a Efraín a caminar, y lo levantó con mucho cuidado y ternura. Amado pueblo de Dios, ¿todavía recuerdan el comienzo, el tiempo cuando, para la mayoría, se sentían apartados? Cristo era todavía un extraño para ustedes; el Mediador estaba totalmente escondido de ustedes. Pero aun así tenías un anhelo profundo por un Dios desconocido. Muchas veces el Señor fue muy bueno contigo, aunque no podrías explicarlo tú mismo. Ese fue un tiempo cuando muy a menudo podías lavarte en tus lágrimas, un tiempo cuando eras un bebe destetado por su madre. Es como un niño pequeño que no puede alejarse de su casa, o como un niño desesperado por haberse perdido y no encontrar a su padre o a su madre por un momento.

Congregación, quizás tienen o han tenido hijos como estos, hijos que tuvieron dos o tres años. Si se perdieron algún momento, seguro se sintieron como si estuvieran muriendo. Es lo mismo en el comienzo de la vida espiritual, amados. Ellos no se atreven a dar un paso sin el Señor, de esa vida buena vida, de esa tierna vida. Luego, cuando son maduros y cuando han aprendido mucho sobre su salvación, ellos a veces ven hacia atrás con una santa nostalgia de ese comienzo, cuando no eran capaces de dar un paso sin el Señor, cuando a menudo recibieron algo en Su casa. Ese era el tiempo cuando todo lo que tenían que hacer era doblar sus rodillas y el cielo se abría a ellos. Amados, ese fue el comienzo.

"*Y creciste y te hiciste grande.*" El tiempo no me permite decir más sobre el crecimiento espiritual de esa niña. Pero viene un tiempo en la vida de los hijos de Dios cuando el Señor hace espacio para la persona de Cristo. Es allí cuando pierden todo fundamento en la asistencia a la iglesia, la lectura bíblica, sus lágrimas y toda su religión, pero también en su piedad. Entonces el Señor los despoja de todo lo que han experimentado, y todavía están sin Dios en el mundo y no pueden morir. Necesitan un Fiador, y no Lo conocen. Y entonces, cuando son rodeados con la imposibilidad de ser salvos por la sensación de la culpa de su condición perdida, y cuando están de acuerdo con el juicio de Dios y finalmente perder todo de ellos mismos, entonces es cuando al Señor Le place abrir un camino para ellos, el cual está fuera de ellos. Y, oh, ese bendito momento cuando por primera vez reciben un ojo para verlo a Él quien vino a salvar a pecadores. Ese es un momento que nunca olvidarán.

Ahora el Señor dice: "*Y creciste y te hiciste grande, y llegaste a ser muy hermosa; tus pechos se habían formado, y tu pelo había crecido; pero estabas desnuda y descubierta.*" Quizás alguien dice: "¿Qué? ¿Cómo es eso posible? No puede ser". Los comentaristas modernos dicen que esas últimas palabras en el versículo 7 fueron traducidas incorrectamente. Dicen que están en la Biblia solo por un

error de parte de los traductores. En nuestros días, los profesores que no están al tanto con esa vida que procede de Dios desgarran la Biblia con sus sucias manos. Buscan la razón en cada pasaje de la Biblia. Pero eso no es posible. No, la manera como está escrito es correcto. "Pero estabas desnuda y descubierta." ¿Que quiere decir el Señor? El Señor quiere decir que hubo un tiempo en la historia de Israel en donde fueron un gran pueblo, diez mil, aun cien mil, "como la hierba del campo." Fueron un pueblo poderoso. Entonces resurgió cuando parecía que morirían por siempre. Entonces estaba desnuda y descubierta.

Quizás entiendes a cuál tiempo se refiere el Señor. Era ese tiempo en Egipto cuando eran oprimidos por Faraón, cuando los bebés tenían que ser echados al Nilo, cuando permanecían gimiendo por los hornos de hierro. Entonces parecía como si ese pueblo perecería para siempre. Seguramente hubo momentos en que se decían: "¿Crees que las cosas saldrán bien?" A lo mejor hubo momentos cuando cantaban por los hornos de Faraón: "¿Fallarán para siempre Sus promesas?" "¿Se ha olvidado Dios de la gracia?" "¿Ha retirado Su tierno amor y en ira escondido Su rostro?" "¿Ya no experimentaremos más de Su favor?" "¿Ya no volverá la misericordia nunca más?" Amados, entonces se volvieron desnudos y descubiertos. Eran indefensos y miserables, y peor que nunca jamás.

Entonces el Señor pasó otra vez. Léelo en el versículo 8: "*Y pasé yo otra vez junto a ti, y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores.*" ¿Qué es ese tiempo de amores? Es posible que muchos de ustedes no conozcan esa expresión. El tiempo de amores es el tiempo cuando una muchacha está lista para casarse. Ahora el Señor dice: "*Y pasé yo otra vez junto a ti, y estabas desnuda y descubierta.*" Pero esta vez fue un tiempo de amor. Algunos usan esta expresión, "el tiempo de amores," para referirse al momento de la regeneración. Pero entenderán que esto es pura necesidad, porque el momento de la regeneración nunca puede ser el tiempo de amores. Con todo respeto, no puedes casarte con un bebe, ¿o sí? El tiempo de amores es algo que sucede después en la vida de gracia.

Congregación, el tiempo amores es el tiempo cuando el gran Mediador se compromete con Su pueblo. Entonces los recibe en el Pacto de la Gracia y son conscientes de ello en sus propios corazones. Ese es el momento cuando el Señor aplica Su justicia; cuando extiende Sus alas sobre su desnudez. Entonces Le pertenece a Él, y Él a ella. Es parecido a cuando Rut, la moabita, se convierte en la esposa de Booz y también en su posesión. Ese es el tiempo de amores.

APLICACIÓN

¿Hay alguien entre nosotros que sabe algo de lo que estamos hablando? El Señor dice aquí que Él pasa junto a Su pueblo dos veces. Por supuesto, amados, el Señor pasa junto a Su pueblo más a menudo. No es como si el Señor sólo hablara dos veces en la vida de Su pueblo. Felizmente no. Él habla más frecuentemente que eso, y Él continuamente los sustenta. Pero existen dos eventos que son

la cúspide en la vida de gracia: cuando el Señor pasa por primera vez, Él pasa junto a nosotros en nuestro estado de muerte y nos hace vivir.

¿Hay alguien en la congregación que puede decir lo que pasa cuando el Señor pasa por segunda vez? Les puedo decir una cosa, amados. Si el Señor pasa por segunda vez, muchas cosas han sucedido en tu vida. El Señor te ha enseñado muchas cosas. Cristo ya no es un extraño para ti. Pero vino un tiempo cuando de nuevo estabas desnuda y descubierta, sin nada que te cubriera. Espero que haya personas entre nosotros que todavía entiendan esto.

El Reverendo Van Reenen, cuando estaba escribiendo acerca de este asunto, podía decir simplemente: "Pequeña y desnuda, eso no es malo, pero maduro y desnudo, eso es vergonzoso." ¿No es lo mismo en la vida de gracia? Existen personas que deben decir: "Señor, yo sé lo que era cuando me encontraste; nunca olvidaré eso. Conozco ese comienzo, cuando me consentiste, cuando me sostuviste en Tus brazos, y cuando podía beber de la leche de Tu Palabra. Fuiste muy bueno conmigo, Señor, de día a día. También conozco un tiempo cuando tenía el privilegio de ver fuera de mí y ver la posibilidad de salvación en Otro. Conozco un tiempo cuando, a través de la Palabra de Dios, mi alma quedaba atrapada vislumbrando al Justo entre todos los hijos de Dios. Oh, cuanto falló mi alma cuando Él habló, (Cantar de los Cantares 5:6). Y ahora, oh Señor, soy pero aún peor de lo que era antes. Ahora estoy desnuda y descubierta nuevamente, y a pesar de todas estas experiencias, mi culpa esta siempre delante de mí. Su justicia no ha sido satisfecha. Su preciosa sangre no ha sido aplicada a mí. Me doy cuenta de que todavía estoy por mi propia cuenta. Oh, Dios, he experimentado mucho, pero cuando pienso sobre la muerte, me estremezco, y estoy desnuda y descubierta nuevamente."

Si ese es el caso, amados, entonces quiero animarles, porque entonces el tiempo puede estar cerca cuando el Señor pasa junto a ustedes por segunda vez. Ruega el Señor para que te cubra con Su justicia, y que te vuelvas Su posesión y Él la tuya. Pero amados, mis amigos incrédulos, pueblo de Dios, recuerden, nunca podremos descansar a menos que sepamos algo de la primera pasada. Pero también debemos saber algo de la segunda pasada. Que el Señor bendiga Su Palabra para su gloria, Amén.